



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la Celebración Eucarística ofrecida por el
pueblo de Haití tras el sismo de que fue víctima ese país.**

**S.M.I. Catedral de La Habana
26 de enero de 2010.**

Nos reunimos esta tarde sintiéndonos todos golpeados por el sufrimiento del hermano pueblo de Haití.

Desde el momento en que tuvimos conocimiento del terremoto la sensibilidad del pueblo cubano se podía palpar en su deseo de tener noticias. Una vez que la información pudo hacerse más precisa, el impacto primero se tornó en preocupación, en tristeza, en dolor compartido con los hermanos haitianos que enfrentaban esta terrible prueba, pero también en sentimientos de solidaridad, que encontraban expresión en los médicos cubanos y personal sanitario que estaban en Haití y que constituyeron las primicias de la solidaridad que en asistencia médica y humanitaria comenzó a llegar al hermano país de forma creciente.

Creo que la tragedia de Haití ha estremecido la conciencia de pueblos y gobiernos para hacer frente a una tarea de reconstrucción nada fácil y de largo alcance.

Estos son a grandes rasgos algunos de los detalles del escenario doloroso que se presenta a nuestra observación. Pero hay una cara interna de esta trágica situación, la que no es visible sino en la mirada triste de un niño o en el gesto de desesperación o de ira de un hombre joven o en los rostros abrumados o desconcertados de tantos hombres y mujeres de cualquier edad.

Es el alma de un pueblo la que aflora en esos sentimientos, un pueblo pobre y sufrido, probado de tantas maneras en su historia republicana y colonial, y es aquí donde nuestros sentimientos de compasión y solidaridad se hacen oración.

Ante el dolor, ante el mal inexplicable, podemos también nosotros acudir a Dios desconcertados, con un cúmulo de preguntas sin respuestas que se agolpan en nuestra mente, que fluyen de nuestro corazón. Y dirigimos a Dios nuestros perennes porqués y escépticos para qué; e intentamos, con argumentos racionales, salidos de nosotros mismos, componer un imposible acomodo que nunca nos llega a satisfacer. Esto es parecido al camino seguido por varios autores y escritores que, como Albert Camus, no podían entender el sentido del mal en el mundo y desembocan en la negación de Dios o en la duda acerca de su existencia.

Porque al adentrarnos en el campo del mal, al entrar en la zona del sufrimiento inexplicable, penetramos en el ámbito del misterio. En el relato bíblico de la Creación Dios dice al hombre y a la mujer: "del árbol de la ciencia del bien y del mal no prueben". El hombre no puede salirse de la línea que separa el bien y el mal, no puede adentrarse en esa zona del mal donde acecha el dolor, el sufrimiento, la desolación, porque se pierde. Por eso el demonio (príncipe del mal), irrumpe en el Paraíso en forma de serpiente, es decir, arrastrándose solapadamente y le sugiere a la mujer y al hombre que desobedezcan a Dios, que prueben del fruto del árbol del bien y del mal, para que sean como dioses: y el Paraíso dejó de ser paraíso y el mal entró en el mundo por el hombre endiosado. Este relato es representativo del hombre de hoy y de todas las épocas, que desde el inicio de la creación llega al umbral del misterio, del cual sólo Dios tiene dominio, e intenta

penetrarlo pero, ante la imposibilidad de hacerlo, cae en la decepción o se vuelve rebelde o descreído.

Queridos hermanos y hermanas: Frente al misterio del mal sólo queda postrarnos ante Dios, y en obediencia total, reconocer nuestros límites humanos; no somos dioses; Dios nos creó para el bien, para la bondad, así salimos de su poder creador: “Hombre y mujer los creó... y vio Dios que todo era bueno”. Fuimos creados para el bien, quizás por eso nos horroriza el mal; y sólo nos realizamos obrando el bien. Ante todos los males del mundo se impone el amor que nos hace solidarios, activos, decididos para hallar soluciones. En esto también debemos reconocer nuestros límites. El drama que se desata en el alma humana no lo podemos sanar nosotros, sino sólo Dios, que es quien puede entrar en lo profundo del corazón del hombre para sanarlo, serenarlo o fortalecerlo.

Nuestra fe cristiana nos hace postrarnos, pues, en estas circunstancias, ante Dios, pero no ante un Dios imaginado y mal concebido por los hombres en sus disquisiciones filosóficas, sino ante el único Dios verdadero que se nos ha revelado en su Palabra, que nos ha hablado ya desde otros tiempos por los sabios y profetas bíblicos y que se hizo hombre en Jesús de Nazaret. Sí, nos postramos en medio de los sentimientos de dolor y desconcierto que nos embargan, ante Jesucristo crucificado. El no tiene una respuesta para nuestras preguntas ante el mal. El es la respuesta: Así, clavado en Cruz entre cielo y tierra, sangrante, abandonado, aún por los suyos, es siempre obediente a Dios, insultado y vejado, siempre es capaz de perdonar y entregar serenamente su Espíritu al Padre. Ese es el Dios de los cristianos, el único Dios verdadero, por quienes tantos mártires han dando y siguen dando sus vidas. No es un Dios lejano y arbitrario, es un Dios-con-nosotros, un Dios como nosotros, que se solidariza con el mal y nos da la más desconcertante respuesta existencial, la única que vale en los momentos de dolor: “estoy contigo en esta hora”. Jesús es el abrazo de Dios a los hombres, el abrazo que calma en los sollozos, que serena en la desesperación y que no tiene palabras, porque quien abraza está llorando contigo, sufriendo contigo y no sabe qué decir, tampoco debe decir nada más.

A ese Cristo de la Cruz le pedimos por el pueblo haitiano, por su gobierno, por quienes sufren la pérdida de familiares y amigos, por los médicos, enfermeras, personal asistencial, entidades no gubernamentales y gobiernos e instituciones que prestan ayuda, por los religiosos y religiosas que están sirviendo a tantos necesitados. Recordamos a los que han muerto por decenas de miles, al querido hermano Mons. Miot, Arzobispo de Port au Prince que murió junto con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas que pasaron todos de este mundo al Padre víctimas de este terrible sismo. A todos nos conforta la Palabra de Dios escuchada.

Hacemos nuestros los sentimientos desolados de Jeremías en el Libro de las Lamentaciones: “Me han arrancado la Paz y ni me acuerdo de la dicha”. Pero el profeta se vuelve al Señor: “Fíjate en mí aflicción y en mi amargura... estoy abatido”, e inmediatamente, en medio de la oración, Jeremías dice: “Hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza: que la misericordia de Dios no termina y no se acaba su compasión... el Señor es bueno para los que esperan en El”.

Nosotros oramos con esperanza en el Señor. Dice Jeremías: “Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor”.

Esa esperanza no es sólo para quienes quedaron con vida. Muchos dicen: sí, ahora vendrá la ayuda, pero los que murieron ya murieron.

San Pablo en relación con esta actitud que parece no abrirse a la inmortalidad nos dice en su carta a los Tesalonicenses: “Hermanos, no queremos que ignoren la suerte de los que han muerto, para que no se aflijan como los hombres sin esperanza”.

Esta esperanza se funda en que el Cristo Crucificado, que viene a compartir todo lo nuestro, menos el pecado, y que aceptó el sufrimiento de la Cruz, al morir venció nuestra muerte y resucitó glorioso al tercer día para nunca más morir.

Es lo que San Pablo nos recuerda: "Si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con El... y así estaremos siempre con el Señor. Consuélese pues con estas palabras".

La Virgen María, la Madre de Jesús, fue el gran consuelo del Crucificado. En el momento de la Cruz, sólo uno de sus discípulos y dos de las mujeres que lo seguían tuvieron el valor de desafiar a los que lo conducían hasta el Calvario entre golpes e insultos y llegaron hasta al pie de la Cruz para acompañarlo. Junto a ellos estaba María, la Madre; Jesús, contemplándola, nos la entregó a todos sus discípulos por madre, para que Ella no sólo fuera únicamente su propio consuelo, sino también nuestro consuelo en el dolor.

A María nuestra Madre, venerada en Haití con el título de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, confiamos el pueblo haitiano en este momento de prueba y sufrimiento. Que Ella, consoladora de los afligidos, vuelva sus ojos misericordiosos a cuantos padecen en este valle de lágrimas.

Nuestra oración se hace ahora intensa, pues al recuento hecho en la Palabra de Dios que se ha proclamado de la Crucifixión de Cristo Jesús, sigue la ofrenda Eucarística, que renueva sobre el altar el mismo sacrificio de la Cruz. Jesús acepta nuestras súplicas y las hace suyas para presentarlas por nosotros y con nosotros a Dios nuestro Padre.

Que Dios derrame su gracia y su paz sobre el pueblo haitiano, lo conforte y sane sus heridas; lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor.
Amen.